

*Las heridas que no se ven
son las más profundas*

William Shakespeare

- ¡Buenos días, cariño, mira qué bonitos!- saludó María a Ángel, que se acercaba a ella con expresión somnolienta.
- ¿Qué es?- acertó a decir Ángel, mientras trataba de despertarse con la intención de comenzar su jornada laboral un día más. No era capaz de imaginar el contenido de aquella caja que María pretendía mostrarle para que él le confirmara que, efectivamente, lo que contenía era precioso.
- Unos zapatos. Me los compré ayer porque su precio me pareció increíblemente barato, son elegantes y cómodos, como a mí me gustan, y son el complemento perfecto que me faltaba para el día de la boda de tu hermana- María acariciaba sus zapatos con ilusión. Se sentía satisfecha por la compra que había realizado y pensó que a Ángel también le gustaría saber que ella se estaba esmerando para que él se sintiera orgulloso de su esposa en aquel día tan importante para su familia. Además, eran unos zapatos sencillos, que posteriormente podría usar en diferentes ocasiones. Se sentía feliz, sólo encontraba ventajas a la decisión que había tomado.
- ¡Devuélvelos inmediatamente, no podemos permitirnos un gasto así!- respondió Ángel visiblemente alterado.
- ¿Por qué? No te entiendo. Trabajo casi doce horas diarias, tengo un buen salario y todos los meses logramos ahorrar lo previsto para que puedas cumplir el sueño de crear tu nuevo negocio. No te preocupes, pronto podrás perder de vista a tus jefes y estarás de mejor humor. Además, no creo que nos arruinemos por unos simples zapatos- María intentaba tranquilizar a Ángel con suavidad.
- ¡O me prometes que vas a ir a devolverlos ésta misma mañana o los tiro por la ventana ahora mismo! Tenías que haberme consultado antes, sabes que me preocupa mucho el dinero y no tolero ni uno solo de tus caprichos ¡Esta vez no te vas a salir con la tuya! ¿Te enteras?- el tono de voz de Ángel había subido considerablemente, se sentía traicionado por María y se acercó a ella con gesto amenazante.
- No lo voy a hacer, me parece increíble lo que estás diciendo. Si quieres, lo hablamos cuando regresemos a casa ésta tarde- dijo María en tono conciliador, mientras se dirigía a la ducha, pensando que lo más sensato era dejar pasar unas horas para tratar el asunto serenamente. Estaba convencida de que no había cometido ningún error y, también, de que Ángel llegaría a la misma conclusión que ella cuando reflexionara un poco, sobre todo considerando que él debía darse cuenta de que ella había hecho todo lo posible para hacerle feliz durante los meses que habían convivido desde el día de su boda e incluso antes,

cuando ella le consolaba pacientemente cada vez que él se quejaba de que su anterior esposa le estaba haciendo la vida imposible porque nunca le había comprendido y, para colmo, le exigía una desorbitada pensión alimenticia para sus hijos durante su largo proceso de divorcio. El sufrimiento de Ángel era tal entonces, que María sentía odio en algunos momentos hacia aquella desaprensiva mujer, que no había sido capaz de valorar la sensatez y sentido de la responsabilidad de su esposo. Otras veces, sentía compasión por ella, pues pensaba que debía ser muy necia para separarse de un marido tan admirable y cariñoso. Tal como María lo veía, Ángel no merecía que su ex mujer le maltratase de aquella manera tan despiadada y hacía todo lo posible para compensarle con cariño.

- ¡Dame esos zapatos y yo mismo iré a devolverlos, ya que tú no eres capaz de enmendar tus errores! ¡Todas las mujeres sois iguales! ¡Te voy a enseñar a no contradecirme, por las buenas o por las malas! ¡Te vas a enterar de una vez! ¡Te...!- se interrumpió Ángel, dirigiéndose violentamente hacia la caja que contenía los zapatos. No podía tolerar que María se comportase de una manera tan irresponsable e individualista y, menos aún, en lo referente al dinero. Se sentía orgulloso de que su padre le hubiese transmitido el valor de la austeridad y no quería cambiar. Ahora, le resultaba decepcionante que aquella escena, que había presenciado tantas veces en su infancia, se repitiera con María, igual que con su primera esposa. Siempre había admirado que su padre tuviera un carácter firme y convenciera constantemente a su propia madre para que no realizara ningún despilfarro. Lo que nunca había entendido era que su madre hubiese mantenido hacia su padre una actitud rebelde. Parecía no querer enterarse de que eso obligaba al hombre a emplear su fuerza contra ella para persuadirla y para que aprendiera, de ese modo, a corregir sus estúpidas decisiones femeninas. Nunca había podido perdonar a su madre que no evitase escenas tan desagradables para sus hijos, ya que ella sabía que aquellas situaciones siempre terminaban del mismo modo: ella llorando y su padre explicándole a gritos lo que tenía que hacer, hasta que llegaba el momento del forcejeo final, cuando su padre –encolerizado por el absurdo comportamiento desafiante de su esposa- le demostraba, mediante golpes e insultos, que él era más fuerte y que a ella no le quedaba otra alternativa que ceder para tranquilizarle o huir, presa del pánico, para prevenir males mayores.

Pero aquella mañana fue distinta. Antes de que Ángel llegase a mostrarle a María la firmeza de sus propósitos, escuchó unos fuertes golpes en la puerta de entrada de su casa y una frase que no dejaba lugar para la duda: "¡Abran, Policía!". Ángel no podía creer que aquello le estuviera sucediendo a él. Algún vecino de su edificio, alarmado por lo que estaba escuchando a tan temprana hora de la mañana, había requerido la presencia policial porque supuso que María se encontraba en peligro.

A pesar de la perplejidad que le produjo la presencia de los agentes, Ángel se mostró amable con ellos cuando les preguntó por el motivo de su visita y ellos le explicaron la actuación del anónimo vecino que les había avisado. También tuvo la templanza suficiente para convencerles de que no se trataba más que de una simple discusión matrimonial sin mayores consecuencias. Para apoyar sus argumentos, no dudó en pedir a María que confirmase que era cierto lo que él decía. Ella lo hizo de modo convincente.

- ¡No me lo puedo creer! ¿Has visto lo que has logrado?- Ángel se dirigió a María contrariado, tras despedirse cordialmente de los agentes, moderando su tono de voz para impedir que el vecino delator pudiese actuar de nuevo.
- Sí, lo he visto. Estoy asustada y espero que sea la última vez que nos sucede algo así. Por mi parte, haré todo lo posible para que no vuelva a ocurrir, pero te ruego que no me vuelvas a levantar la voz de esa manera. Creo que las cosas se resuelven mejor hablando con calma ¿No crees?- respondió María, tratando de disimular el temblor que invadía todo su cuerpo.
- ¡Te aseguro que no volverá a ocurrir porque hoy mismo me marché de casa, te lo prometo, no puedo arriesgarme a terminar en la cárcel por culpa de tus tonterías! ¡Eres una irresponsable y no quiero seguir contigo!- masculló Ángel con el rostro desfigurado por la ira que estaba tratando de contener.
- No creo que nadie termine en la cárcel por discutir un día con su pareja- murmuró María. Estaba perpleja e intentaba asimilar lo sucedido. Tenía la impresión de que Ángel exageraba, pero estaba dispuesta a olvidar para recuperar la normalidad y dirigirse a su puesto de trabajo.
- ¡Claro que no termina nadie en la cárcel por discutir con su pareja un día! ¿Pero no sabes que la arpía de mi ex me ha denunciado varias veces por malos tratos? ¡Y tú provocándome para sacarme de quicio a cada momento! ¡Eres más tonta de lo que pensaba!- finalizó Ángel antes de dirigirse a la ducha apresuradamente.

María no pudo contestar. Ya tenía la certeza de que sería imposible razonar con Ángel sobre lo que estaban viviendo. Sintió terror ante el nuevo Ángel que acababa de descubrir y se preguntó a sí misma qué podría hacer para que él recuperase la confianza en ella. No podía imaginarse a sí misma explicando a sus padres, hermanos, amigos y compañeros de trabajo que su matrimonio había fracasado antes de un año de forma tan turbulenta, a pesar de los esfuerzos que había realizado para complacer a su marido. Lo que tampoco podía imaginar era que, si se empeñaba en garantizar a Ángel que ella podía hacerle feliz, estaría iniciando un doloroso proceso de autodestrucción del que ninguno de los dos se beneficiaría.